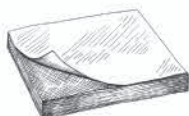




COROTOTECA

Gloria Amparo Bohórquez Arias



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Corototeca

© Gloria Amparo Bohórquez Arias

Fondo Editorial Museo Casa de la
Memoria

Distrito Especial de Ciencia, Tecnología
e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya
Gloria Amparo Bohórquez Arias

Edición de textos:
Daniela Perrone Martínez

Ilustraciones:
Daniela Perrone Martínez

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: septiembre, 2025
ISBN: 978-628-96735-6-2

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36–66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz de la autora. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.



COROCOTECA

Gloria Amparo Bohórquez Arias

Corototeca

3

Gloria Amparo Bohórquez Arias

COROCOTECA

Gloria Amparo Bohórquez Arias

Corototeca

5

Gloria Amparo Bohórquez Arias

I

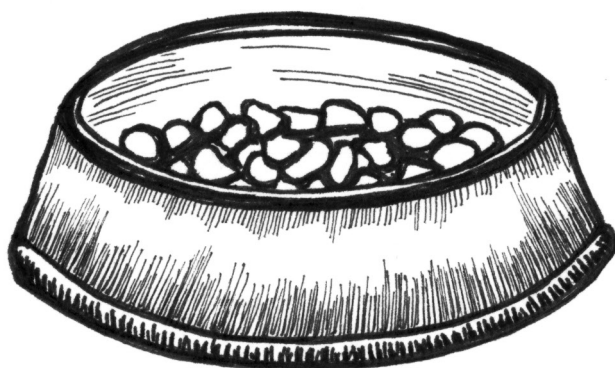
Para guardar en cajones

El gato

8

Borracho conversa con el gato.
Su hijo mayor fue desaparecido por
los paramilitares que asesinaron al menor.
La mujer emigró con otro.

Gloria Amparo Bohórquez Arias

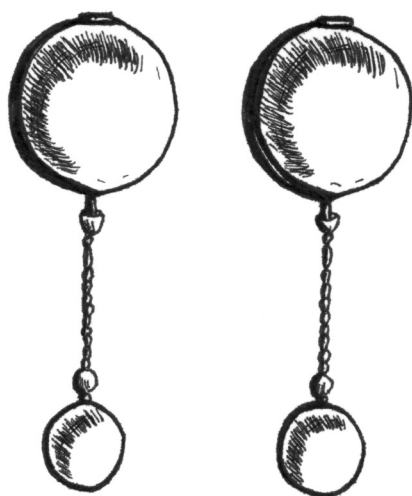


Museo Casa de la Memoria

Aretes

10

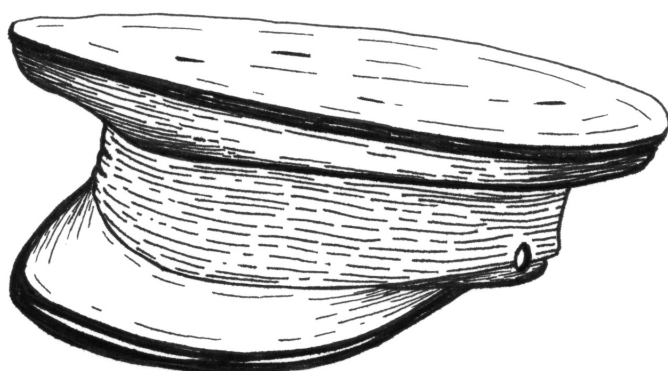
Lucidos por abuela, hija y nieta;
fue un regalo del bisabuelo en la etapa de noviazgo.
Existen desde la segunda guerra mundial.



Consumación

12

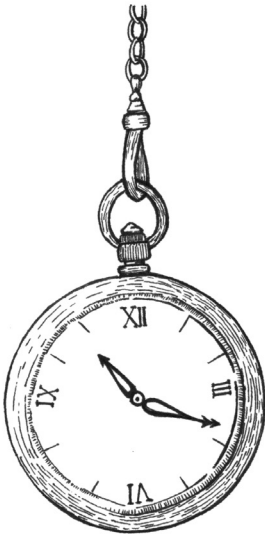
El estruendo emocional ocasionado por el asesinato de sus hijos a manos del comandante, resonó con la violencia que cerró su vida.



Reloj

14

Está paralizado como el recuerdo detenido
en el cajón de mi memoria que me dice que
cese la espera porque ha muerto.



Hijo

16

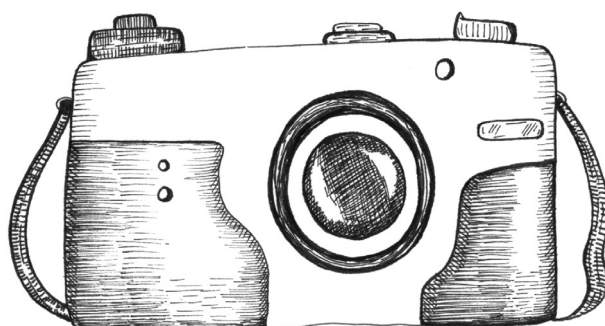
Si al menos construyeran una casa
o sembraran un jardín donde lo asesinaron,
el paro cardíaco dejaría de perseguirme como un fantasma.



Soledad

18

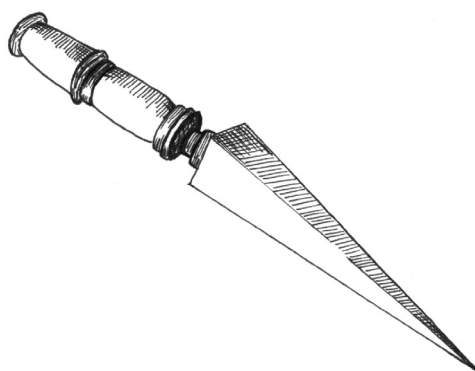
Adolescente, embarazada y sola por cuenta de la guerra;
el hijo conoció a su papá en fotografías
y en sus ademanes heredados.



Dolores

20

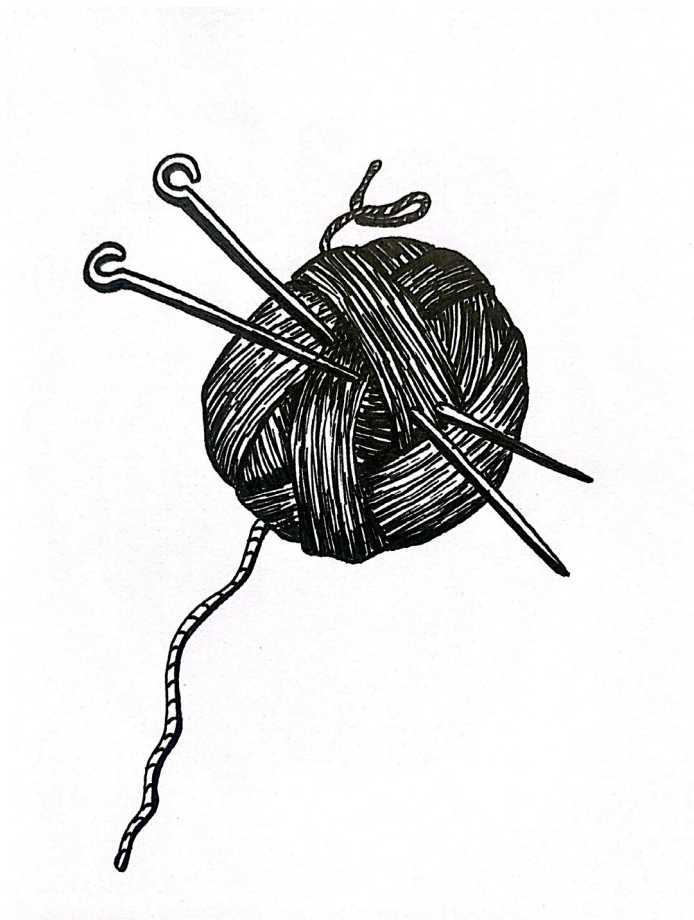
Aquella sensación desagradable de mi cuerpo como chuzón tormentoso, desprendido del alma y clavado en él, explicaba la negra y salvaje masacre.



Condenación

22

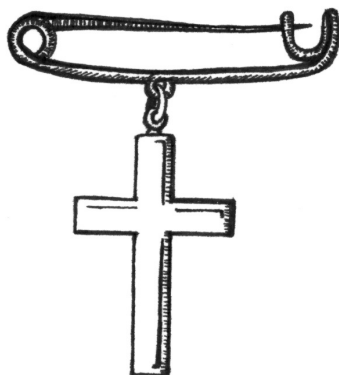
Condenados a muerte
porque éste cruzó la frontera invisible,
otro por ser pariente de guerrilleros,
otro de paramilitares y aquel por sospechoso.



Cruz

24

Las viudas, los huérfanos, los desescolarizados,
los pobres, los desterrados, los desplazados,
las buscadoras, los trastornados por la guerra...
sufren una cruz.

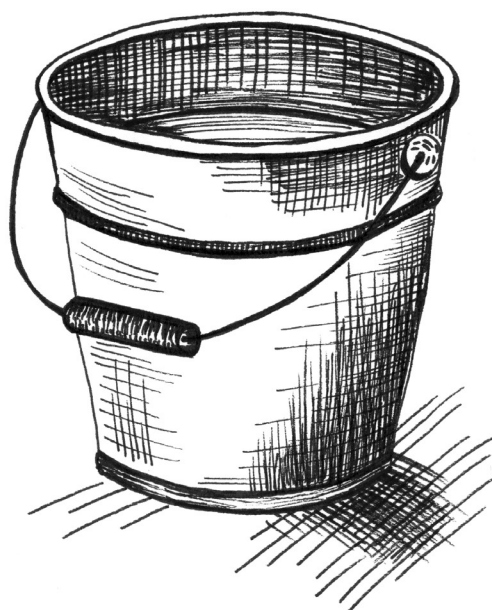


Madres

26

Asaltadas por la guerra que retuvo los hijos
que parieron para ordeñar la vaca, cultivar la tierra,
estudiar, tener nietos y amar.

Gloria Amparo Bohórquez Arias

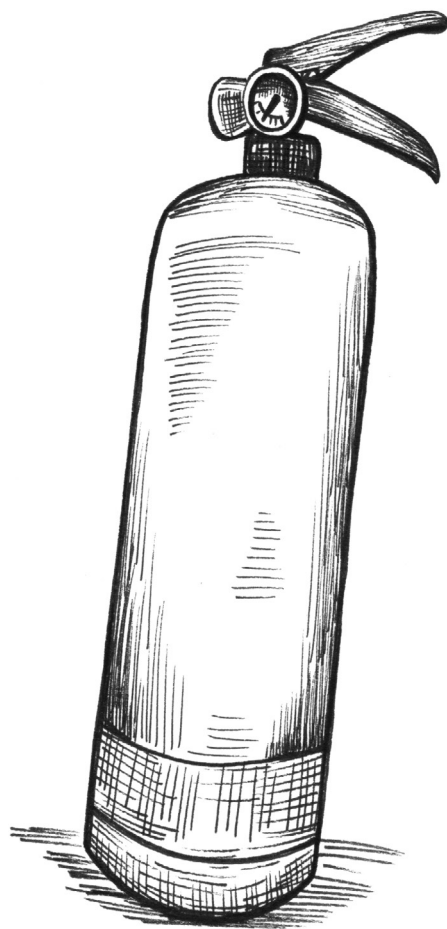


Museo Casa de la Memoria

Cirineo

28

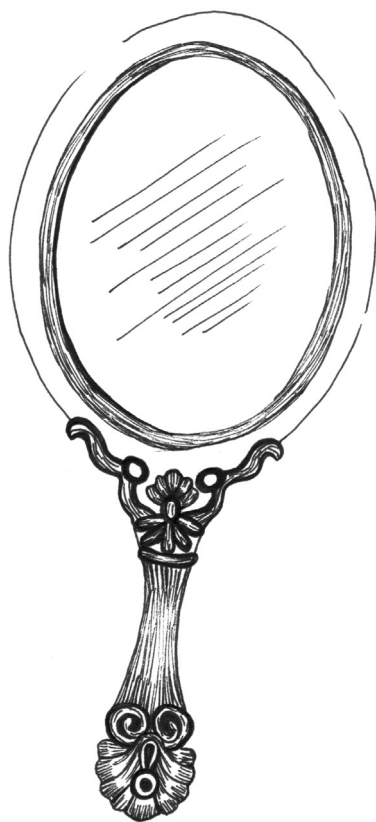
Persona o institución que ayuda en algún trabajo penoso:
la JEP, el CNMH, Museo Casa de la Memoria,
los voluntarios, los bomberos.



Rostro

30

¿Qué cara tiene la guerra
que se deja ver de noche y de día?
¿qué trastorno padecen
los políticos que la patrocinan?



Premonición

32

La intuición de madre le avisó cuando la reclutaron;
la corazonada a los años cuando la asesinaron.
Su espíritu llegó a casa.



Desconsuelo

34

Su salud física deteriorada, la mental trastornada,
mientras espera la reparación integral.
Entre tanto, su nieta la abraza y le ofrece aromáticas.



Calvarios

36

El comandante ordena.
Lo amarran, lo insultan, lo torturan y lo lanzan al río.
También sus familiares se hunden en el calvario.



Fariseo

38

Yo le temía mucho al ejército.
El mandón obligó a mi esposo que le prestara ropa
para hacer una vuelta... de sangre.



Despojo

40

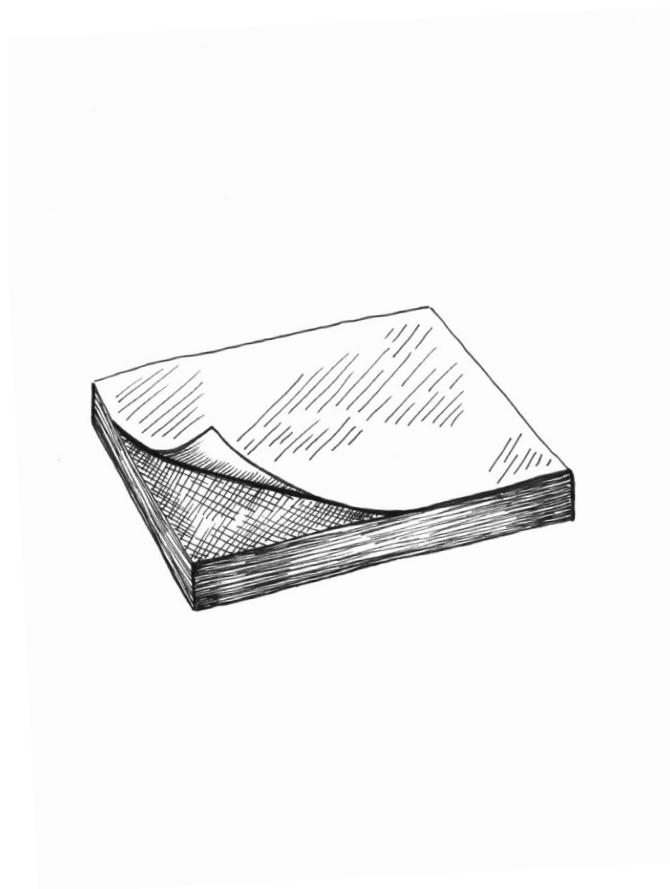
Sin su tierra, sin gallinas, sin vacas...
sin en qué sembrar, sin los huevos, sin la leche...
sin amigos, sin cultura terminó.



Semanario

42

El domingo esperaba al hijo, lunes al esposo,
martes al nieto, miércoles al hermano, jueves al yerno,
viernes al primo, sábado... murió.



Muertes

44

Murió su risa, murió su lucha, murió su fuerza...
con él murieron los animales, los árboles
y la casa que fue incendiada.



Lideres

46

Era una lideresa que secuestraron con un concejal;
los hicieron caminar tortuosas jornadas;
junto al río Dormilón terminó el cansancio... los asesinaron.



Tres madres

48

Frente a mamá se lo llevaron.
Junto a mamá la asesinaron.
Delante de mamá la amenazaron.
Las tres están enfermas de dolor.



Mujeres

50

Prolongan la existencia humana,
pero la guerra les quitó descendencia y
les impidió cuidarla y extenderla.
Le robó porvenir a la paz.



Perjuicios varios

52

Nacer, crecer, reproducir,
encontrar propósitos en la vida y morir.
Ella se quedó sin descendencia.
Quien la reclutó, la obligaba a abortar.



Esperanza

54

Cuenta que la rabia, la tristeza,
la confusión y el miedo
lo atacaba con recuerdos bonitos.
La esperanza lo liberó del secuestro.



II

Para guardar en cajas

Barril

58

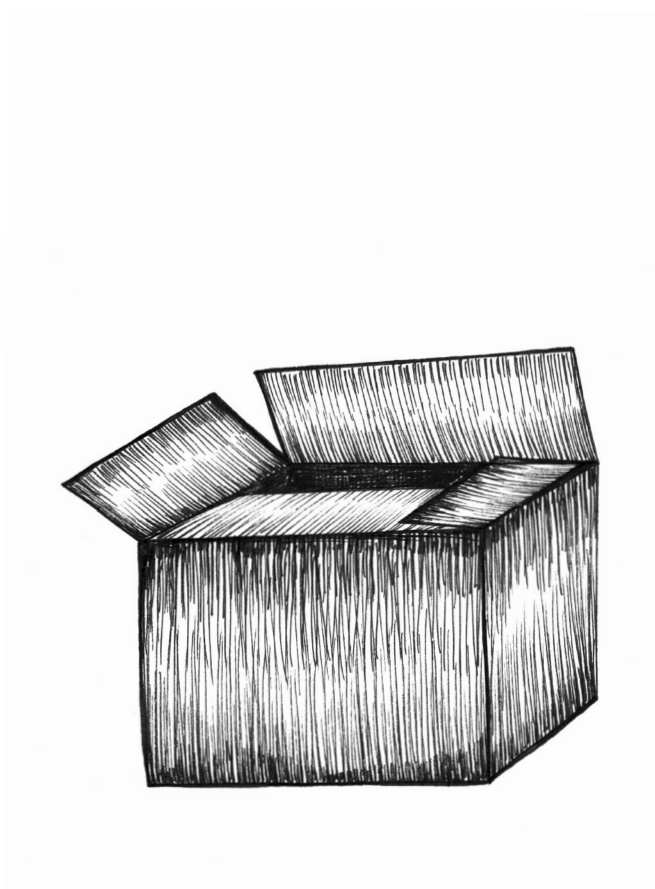
“Se vivía en la pobreza, pero había felicidad, era algo extraño”. A los siete años cargaba leña, lavaba ropa y cocinaba; era una preparación para el matrimonio que logró a los quince años, donde se fue a vivir a un cañón parecido al fondo del barril que la acompañó en tiempos de guerra y en tiempos de paz, como listo para ser llenado de algo mejor. Perder la comida porque la guerrilla la necesitaba y ver sus niños con hambre por cuenta de la mísera guerra era la pesadilla que aspiraba superar en medio de los desplazamientos que jamás comprendió.



Hermano

60

Quisiera encontrarlo para enterrarlo y descansar, porque la incertidumbre lo seca a uno. Él tenía 35 años, fue uno de los primeros comandantes del Prodigio; entre el Batallón Bárbula y el paramilitarismo había mucho hermanamiento. En 1990 se perdió una mercancía de Rodríguez Gacha y lo culparon a él. Henry Pérez, fundador de las autodefensas de Puerto Boyacá ordenó su muerte y alias el zarco lo mató en la oficina y lo tiró al río; la sangre la limpió la señora que hacía el aseo y los tintos. Mi mente no entendía la guerra, solo que quería a mi hermano.



La piedra

62

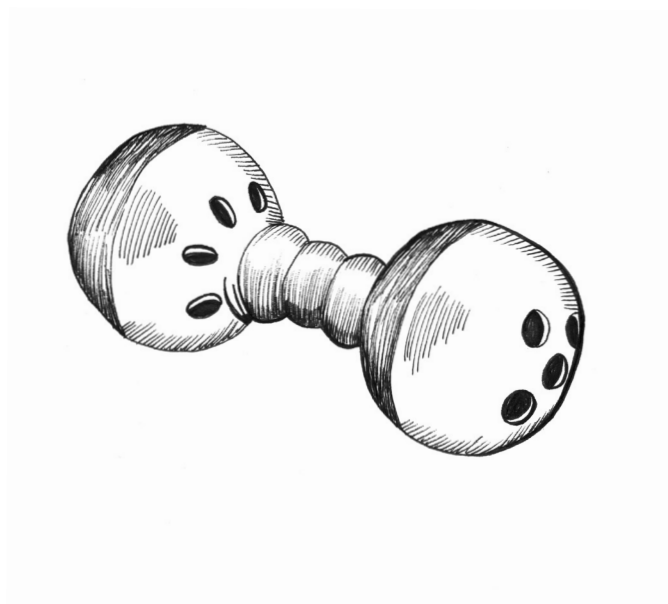
Algo retirada del pueblo, sin comprender la guerra ni la muerte por lo escaso de su edad, la niña caminaba cada mañana a su escuela a aprender. En el año 2000 —recuerda— que el trayecto entre el cementerio y La María, donde está ubicada la piedra, le hacía perder la concentración en clase y, de regreso, reprimir el sufrimiento hasta llegar a casa. No olvida la mujer del callejón que tenía pasto en su boca y rasgos de maltrato en su cuerpo; tuvo que esconderse de carros y motos de extraños que pasaban, para no ser vista, pero necesitaba llorar.



Leche

64

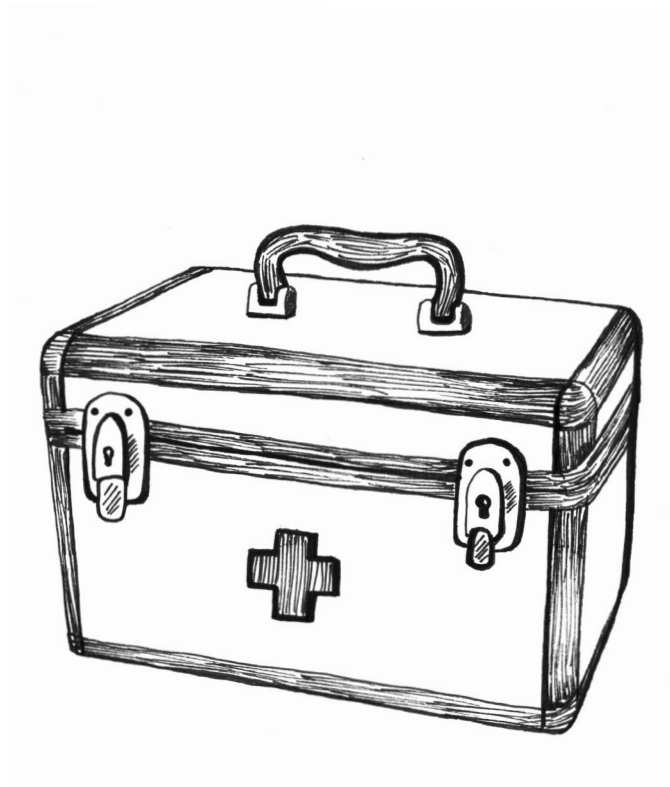
Arriba del cementerio requisaban bolsas, cajas y costales por si encontraban enlatados, arroz, baterías o leche, según ellos podría ser encomienda para la guerrilla; por eso camuflé varias veces entre pañales la leche para mis niñas. Y no olvido cuando un joven con la marca de AUC en su uniforme la descubrió; esa tarde cuando quitaron unas botas y un vino que alguien llevaba, pidieron también cédulas advirtiéndome que nos podían matar. Recuerdo la guardería que yo tenía, cuando intensificaba los juegos con los niños mientras pasaba el escándalo de los hostigamientos entre guerrilla y paramilitares, para evitar que asustaran.



Lideresa

66

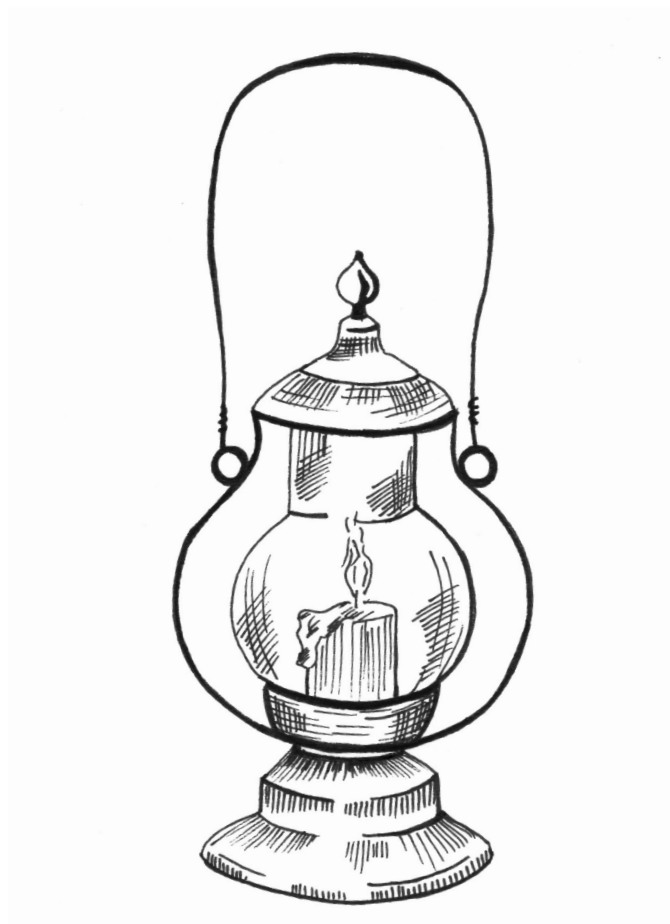
Tuvo que verla en el ataúd, tocarla, darle un beso y entrar en shock para saber que sí era verdad, que su mamá había sido asesinada con arma de fuego por las FARC el viernes 4 de octubre de 2002 a las ocho de la noche junto al río Dormilón, después que la hicieran caminar durante dos días, un trayecto de cansancio, zozobra y humillación, apoyada en un bastón improvisado del monte. María Magdalena tenía 41 años, tres hijos y la vocación de auxiliar y servir como promotora de salud. Recibió la placa en uno de sus procesos de participación.



Dolores

68

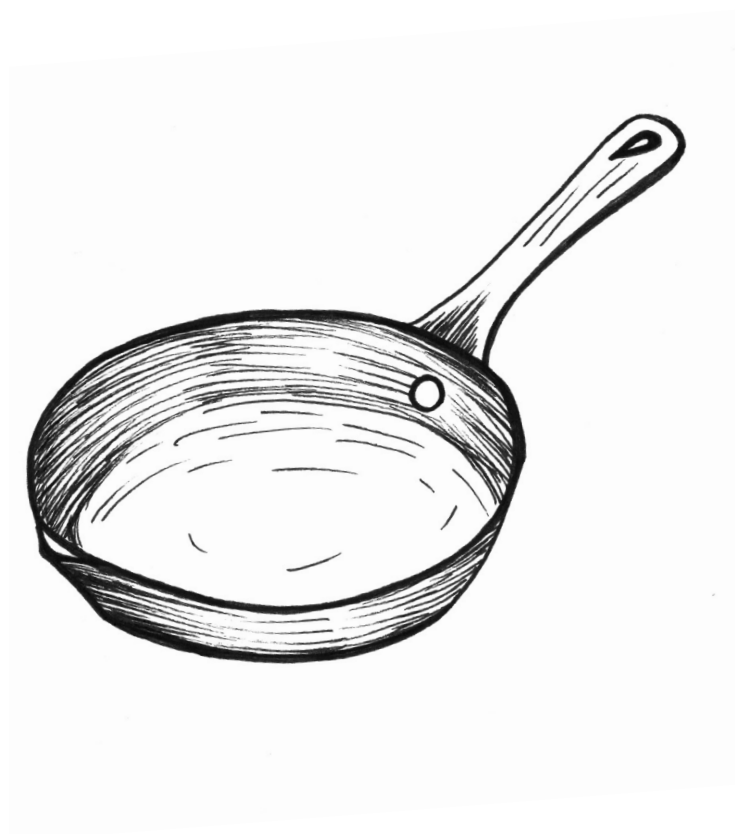
Por la guerrilla fue asesinado su esposo en su presencia; entregada en sus manos el cuerpo de Nieves la hija mayor, quien también corrió con la misma mala suerte por cuenta de los paramilitares que le habían torturado un bebé. Perdió otro de sus catorce hijos en un accidente de tránsito. Pero sigue esperando a Gregorio, que el paramilitar “Orejas” tiró al río Magdalena en 1993, que buscó en La Danta, en Las Mercedes y en Doradal, donde reclamó a Ramón Isaza que por qué no se lo entregó para “enterrarlo siquiera”. Doña Blanca espera la verdad para mermar sus dolores.



Sartén

70

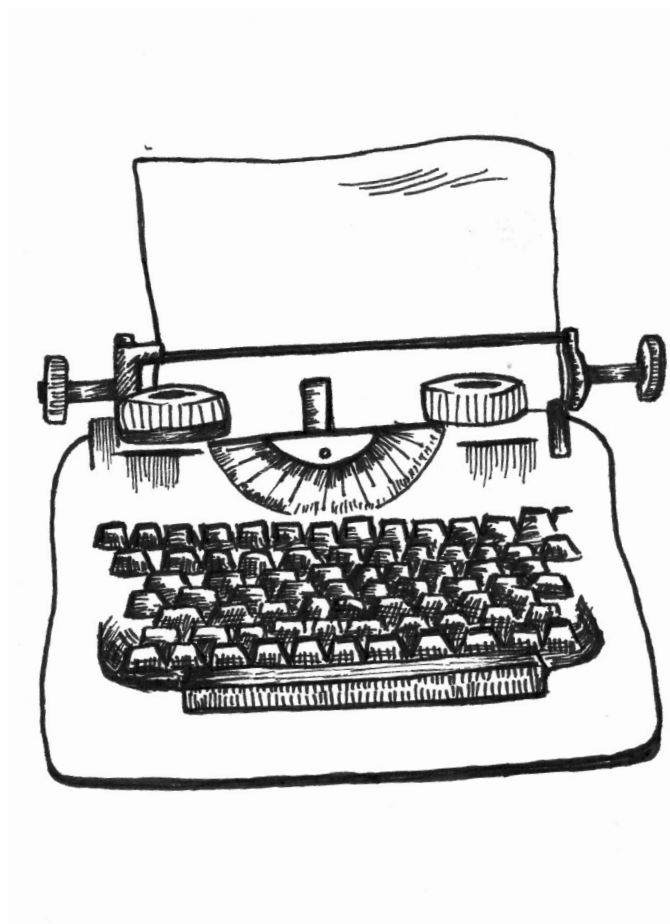
Con dos cobijas, una olla y la sartén, abuelos, hijos y nietos fueron desplazados en el 2000, rumbo a Bogotá; un clima frío, un parqueadero y el ruido de la ciudad los esperaba para albergarlos. Con aguapanela, pan y salchichón, doña Rosalba los “embolataba”, aunque a veces todo escaseaba. La caridad de la gente les permitió vestir con ropa regalada y hasta dormir en un camarote y dos camas, como cigarrillos, los diez. Recibieron humillaciones también y en el 2005 regresaron a San Luis; entre emociones encontradas y fatigados por la guerra, empezaron a levantar la casa que estaba caída.



Perdón

72

A las cinco de la mañana se casaron; ella de 15, él de 19. Tuvieron ocho hijos. Diez pesos era el salario que distribuían para el hogar, y por doce, un día compraron una máquina de escribir. Doña Hortensia ha saboreado la amargura de la guerra y el dulce del perdón. Recuerda cómo el 12 de septiembre de 2001, don Aristóbulo se fue con carbón en su camioneta para Puerto Boyacá y apareció el 31 de octubre como “NN señor del diente de oro” en una de las lápidas del cementerio de Puerto Nare. Hoy ella enseña pedagogía del perdón.



Espera

74

La tarde del martes 28 de mayo de 1996 quedó como detenida en mí, con un sabor de incertidumbre que no se quita con ningún remedio; Ramón Isaza debe saberlo. Mi compañero de vida, David Ancizar Marín Puerta, venía en el bus de la fábrica; se subieron tres encapuchados, lo señalaron, lo bajaron, lo desaparecieron. Eso fue y sigue siendo duro; guardo la esperanza de saber qué hicieron con él y contarle el desenlace a la niña que dejó de dos años, porque nada hay más tormentoso que esperar una verdad, un cuerpo, una señal o un abrazo... sin llegar.



“Tula”

76

Como “Tula” es recordado Oscar Henry Acevedo Valencia; también por noble, servicial y loco. Fue desaparecido el 9 de abril de 2001 con su hermano y parcerero Jeiler Acevedo Valencia, en la vereda El Chocó, cuando transportaba en el camión del papá, queso y maíz desde El Prodigio hacia San Carlos. Apenas el tiempo dio cuenta de un carro desvalijado en pedazos loma abajo, mientras la familia espera, entre incertidumbre y esperanza, al menos los restos, que dicen, fueron enterrados en un lugar llamado Los Medios, terreno testigo de la equivocación de la guerra y la vergüenza de la desaparición.



Héroe

78

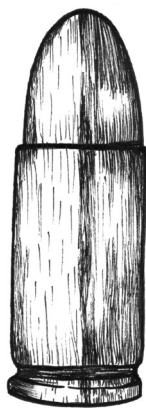
Pegada de la teta de su mamá muerta, la rescataron con apenas tres meses de vida y dos tiros en su tierno cuerpo; su papá también murió porque liberales no permitían vecinos conservadores. Sus demás hermanitos se salvaron porque estaban durmiendo en el zarzo, pues en la tarde se habían peleado y esa era la nefasta sanción: dormir junto al techo; bendito castigo que los salvó para que el mayor de ocho años tomara luego la bestia a pelo y, con miedo de nada y coraje de héroe, pudiera avisar en el pueblo al cura, al doctor y al parlero.



Bala

80

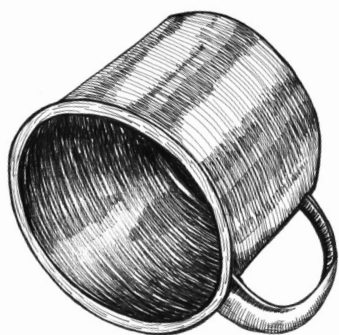
La encontré en el lugar del asesinato; ella, con otras más, rompieron la piel, los huesos y la vida de mi hermano, al que humillado de rodillas le tiraron. Arrancaron de mis entrañas la esperanza por un tiempo, porque la rabia y el dolor eran salvajes en mis adentros. Hoy cuento la historia para que sepan que mataron un ser bueno, y porque no quiero que vuelvan a mi pueblo las balas que fracturan familias enteras, esas que también se llevaron a papá, a dos tíos y una tía, esas que brotan sangre y que dañan la sociedad sin compasión.



Sed

82

Tengo sed de justicia y de verdad, sed como mi muchacho que bebía con furor, en su pocillo de metal, agua o café para calmarse, sin imaginar que el tormento de su desaparición en el 2001 estaría abrumando a familiares y amigos sedientos de encontrarlo. Tengo sed de comprender las fatales órdenes de Ramón Isaza de subirlo a la camioneta cuatro puertas sin conocer su rastro; tengo sed de preguntarle de qué le sirven tantos muertos en el aire, cuando la sangre delata la conciencia y revuelca el alma. Tengo esa sed que corretea diariamente mi vida y mi cuerpo.



Embarcación

84

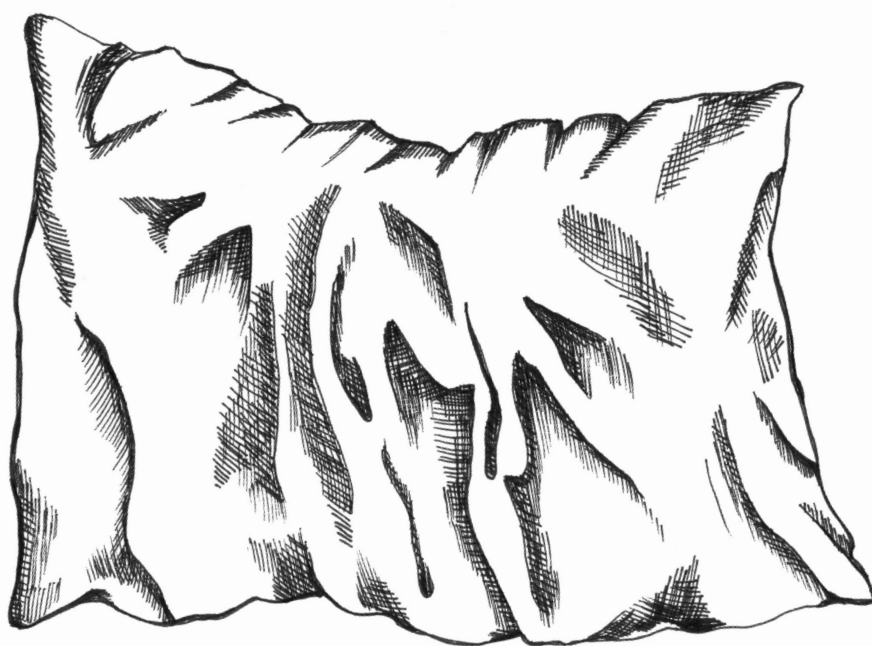
Al menos 220 personas desaparecidas de San Luis por cuenta del conflicto armado es el penoso dato que nos recuerda al joven que salió con el almuerzo empacado por su mamá... al papá que esperaba entregar a su familia la ganancia del jornal... a la madre arrebatada de sus pequeños hijos quedando atropellados por el impacto emocional... a la niña que fue sacada del salón de clase en medio de un silencio obligado... Todos, sin retornar, representan los nombres de personas que fueron embarcados en un ritual, en la conmemoración del 30 de agosto de 2024 en el río Samaná.



Cama

86

Exhibida en lo público y sin pasar desapercibida, una cama sentida como sagrada, donde se nace y se ama, dio respuesta a su funcionalidad en la guerra y movilizó la conciencia de quienes contaron su dolor vinculado a ella, narrando lo que jamás se hubiera pensado: “Encima de la cama perdí a papá, a mamá y a mí hermano; ahí los asesinos me los asesinaron”, “debajo de la cama me oriné y lloré en silencio, mientras pasaban cerca las balas, las bombas y los muertos”, “debajo de la cama me escondí para salvarme”, “debajo de la cama empaqué mis miedos”.



Matero

88

Este recipiente averiado fuertemente, que estuvo intacto en su momento con flores naturales, representa un antes y un después del desplazamiento de los habitantes de San Luis que “por cuenta de la guerra, sin ser nuestra, tuvimos que dividir la historia en dos”, como dijera una líder rural. Los agujeros son como las cicatrices de la violencia que no se olvida; se quedó en la memoria de quienes fueron testigos de la desventura de un pasado que no se puede repetir. Por cuenta de guerrilla y paramilitares el pueblo vivió lo inhumano del ser humano después del año 2000.



Maestra

90

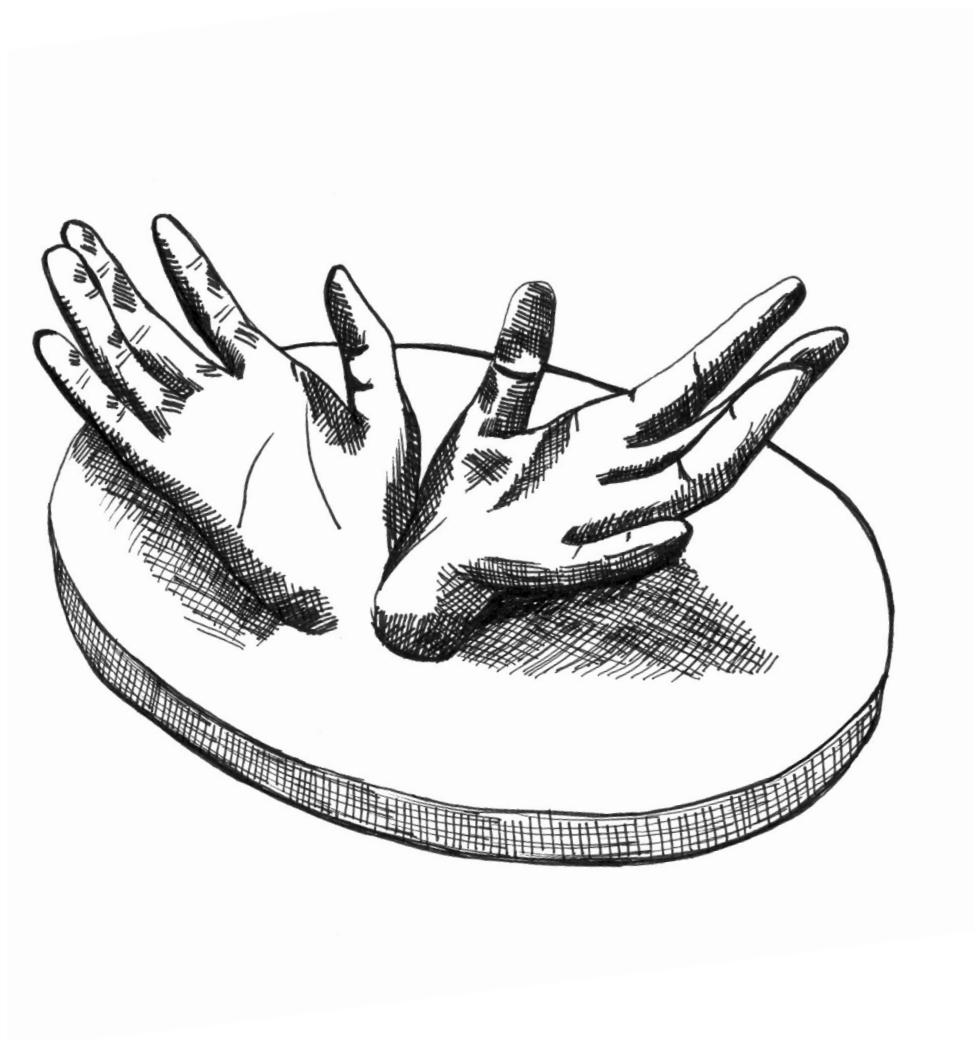
Nada fácil, las balas cruzaban la escuela, las alumnas se escondían debajo de sus pupitres y yo con ellas lloraba y lloraba. Nunca olvido el 12 de marzo de 2000 cuando papá fue asesinado por las FARC por reclamarles la muerte de su gran amigo. Él, viejo e indefenso, y ellos, armados y sin piedad, lo llevaron agarrado hacia el cementerio y con un tiro de gracia lo mataron un domingo en la tarde. El pueblo testigo obligado callaba; nadie salía en la noche. Me estaba enloqueciendo y pedí traslado. Al tiempo volví con coraje a mi aula de clase.



Manos

92

La escultura de las manos en yeso pertenece a familiares de personas que por cuenta de guerrilla y paramilitares están desaparecidas; las manos hacia arriba evocan “la espera de que lleguen a casa”, “saber de su paradero”, “encontrarlos vivos como se los llevaron, o en últimas, de tener sus restos” según expresan algunos parientes; para darle fin a la zozobra que “aporrea el cuerpo, la mente y el alma de quienes no tenemos la certeza de si nuestros seres queridos han fallecido o no”. Porque un ser humano perdido por culpa de la guerra es un fenómeno indigno y revictimizante.



Crímenes

94

Henry Jaime Gómez García fue desaparecido en 1999 por Ramón Isaza; le robaron la vida y la moto como a su padre Eusebio de Jesús Gómez Ciro, quien se fue a seguirlo en La Danta, donde se presume que lo tenían amarrado.

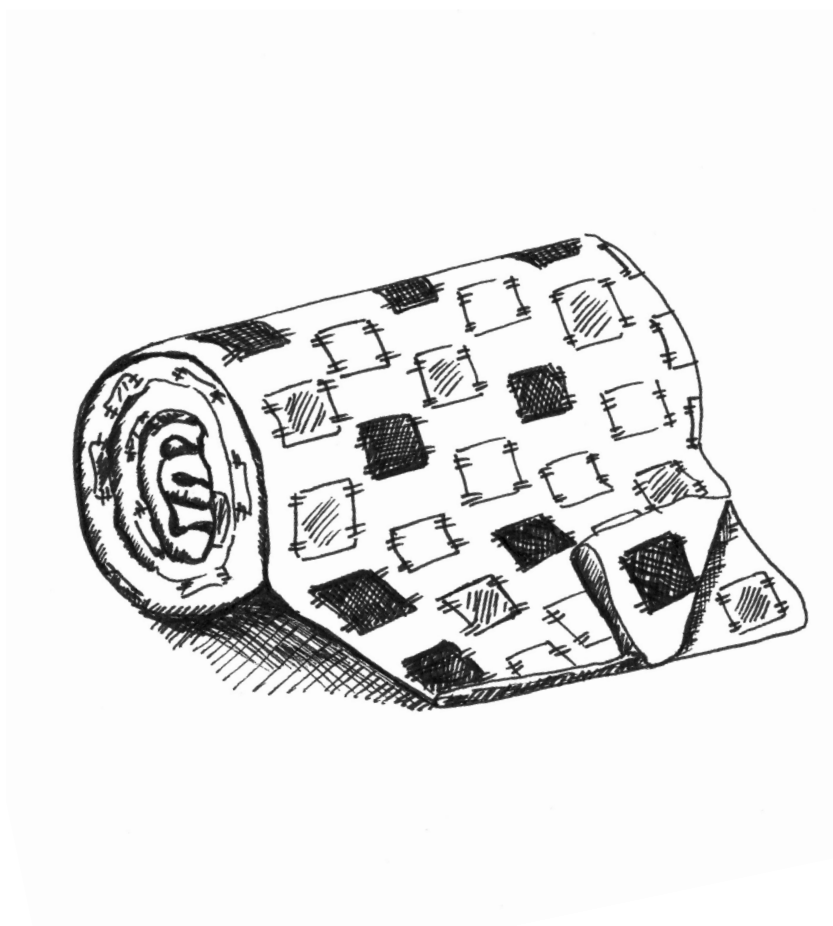
Le prohibieron buscarlo, pero él respondió que no se iba a cansar hasta encontrarlo. Pasados tres meses lo asesinaron, lo cogieron en Monteloro amarrado como a Jesucristo; un tipo negro a quien le resaltaban los dientes subió con el arma visible, manos ensangrentadas, rostro burlón. Ese día llovió con bravura y arrastró el cuerpo que encontraron lacerado sin cabeza.



Colcha

96

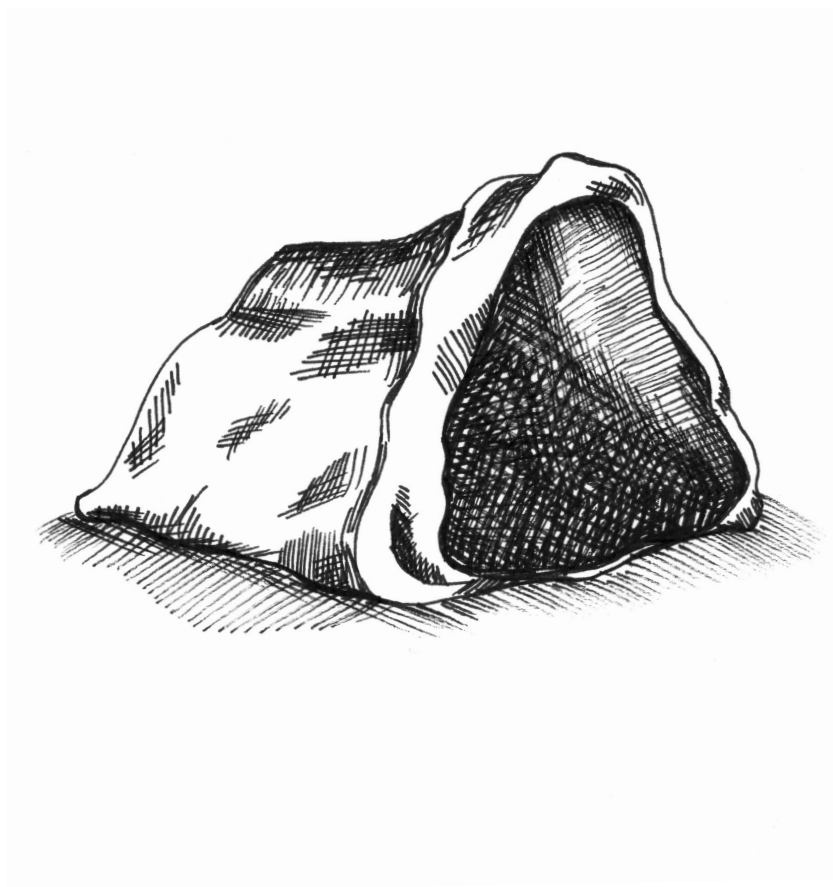
La Colcha de la Paz, construida por un grupo de personas víctimas de la violencia en San Luis, en espacios de conversación fundidos de confianza, cariño, tenacidad y fe. Dieron nombre a sus dolores y liberaron sus sentires reprimidos por cuenta de la violencia, indicaron la importancia de cerrar heridas para transformar sus historias en un lenguaje de vida, pudiendo plasmar palabras, verbos o frases que transformaran los pensamientos, las emociones y las conductas de quienes tejieron la Colcha como de quienes se acerquen a ella, y terminar comprendiendo que el pasado se recuerda para sanarlo y aprender de él.



Desplazamiento

98

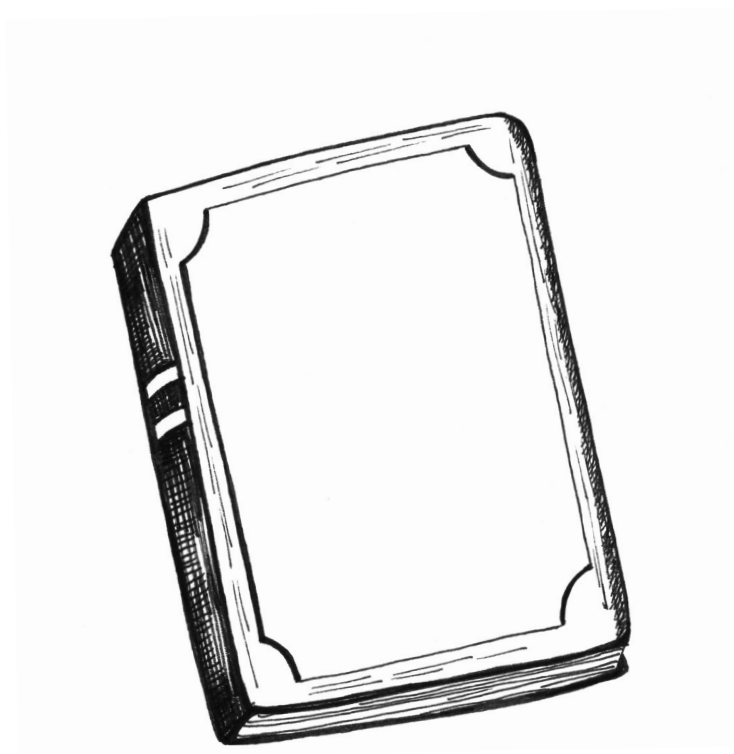
Con perros, gatos y cien gallinas colgadas en palos y mulas, que al final se ahogaron en los costales, salimos en procesión varias familias desplazadas de la vereda San Francisco, a las seis de la mañana sin tomar tragos, pero llenas de miedo e impotencia por la disputa entre guerrilla y paramilitares. Estuvimos en el pueblo unas semanas, sintiendo que no hay nada como vivir en el campo y en la propia casa. El retorno se fue dando paulatinamente, dejando atrás el sabor amargo de ese 2003 donde la gente se sentía humillada, aspirando que esto nunca volviera a suceder.



Álbum

100

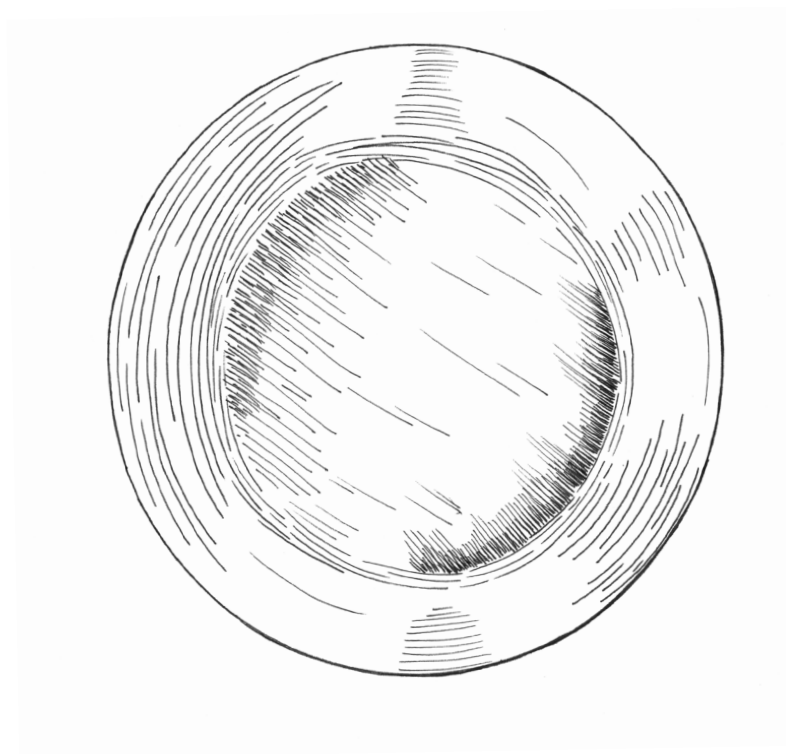
Con muertos que dejó la guerra, desaparecidos que aún se buscan, niños reclutados, víctimas de extorsión y de ejecuciones extrajudiciales, entre otros, el contenido del libro *La Memoria* hoy se hace público en La Corototeca. Tejido en el 2003, entre dolor, rabia y reclamo de justicia por parte de la organización Renacer —compuesta por “sobrevivientes de la violencia”, como se denominó dicho colectivo en la época— muestra al menos una parte de la historia que las nuevas generaciones deben conocer, y cobra fuerza el sentir de quienes luchan por la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición.



Plato

102

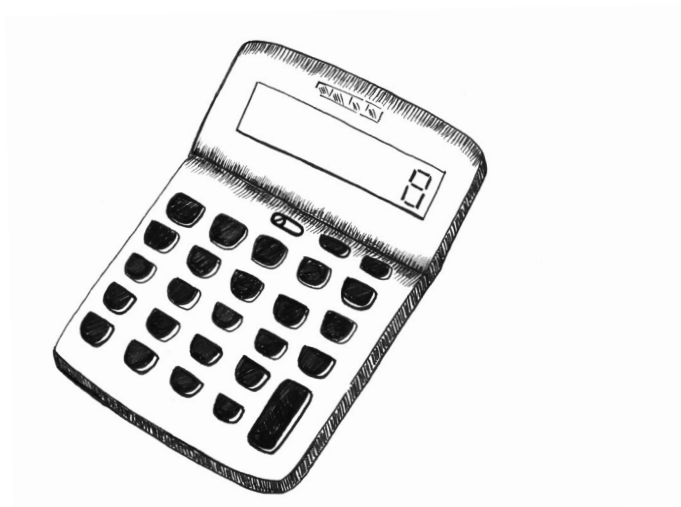
En una casa vieja del área rural, abandonada por sus dueños para sus vidas salvar, y aprovechada al mismo tiempo por los grupos armados que los hicieron desplazar, haciendo uso atrevido de ella como dueños temporales a su manera, se encontró el plato donde el abuelo disfrutaba su cena cada noche después de terminar su arduo jornal. En el recipiente, donde también comieron comandantes de ambos mandos y del ejército legal, por tiempos diferentes claro está, quedaron las huellas y los secretos de quienes supieron encontrarse en la guerra y en el mismo utensilio para cenar. La familia nunca regresó.



Calculadora

104

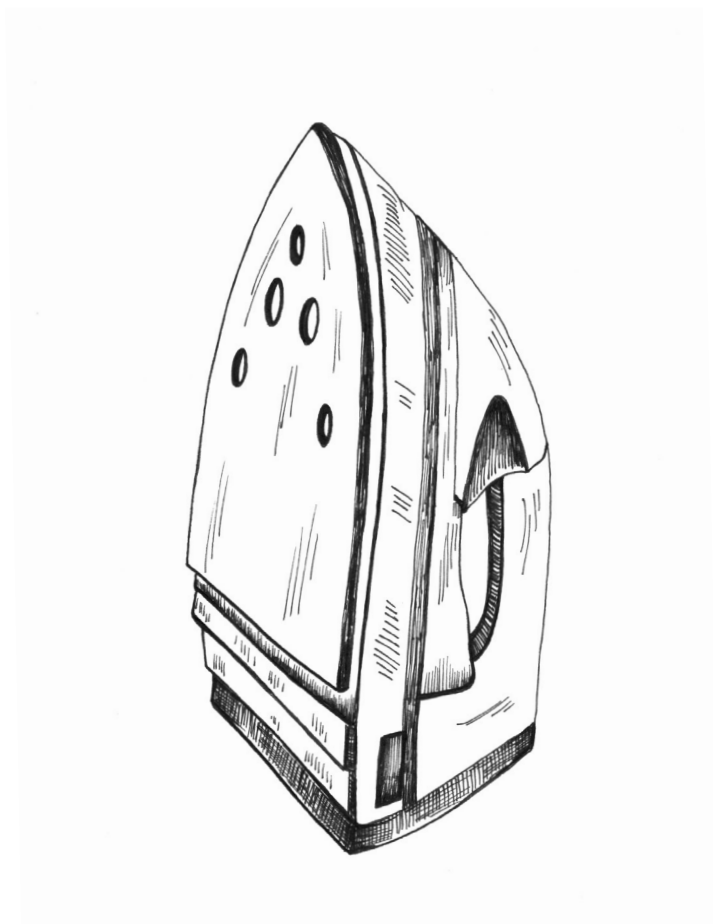
Esta antigua calculadora Olivetti de los años 60s, puede simbolizar lo que La Corototeca representa mediante los denominados “corotos”, aquellos que plasman historias en sí mismos, invadidos de cargas emocionales por los recuerdos, los sentimientos, las representaciones mentales que donantes del “coroto” cargan en relación con su familiar asesinado, desaparecido o afectado por cualquier violencia. La calculadora simboliza también las desconocidas cifras de la guerra que no pudieron ser descifradas por falta de verdad, por el empeño de un Gobierno en esconderlas, quizá por falta de solidaridad de algunos sobrevivientes o porque simplemente se escondieron y hoy se buscan incesantemente.



La plancha

106

Seguramente la generación actual no sabe su beneficio; hoy está en este lugar en memoria de aquella mujer querida que supo conquistarnos y quien partió porque la vida se le acabó. Arriesgada y de carácter, se describe a quien gestionaba el retiro de los muertos que en la época de la violencia le tiraban a la puerta de su casa. Cómo olvidar los repetidos retenes militares, y menos la ocasión donde uniformados requisaron a los pasajeros queriendo dejar consigo a una muchacha, cuando doña Abigail se ranchó y les dijo que sin ella no proseguía el viaje; ¡y la salvó!



Venganza

108

Enterado del engaño entre su bonita esposa y su mejor amigo, con buena disimulación supo invitarlo a unas cervecitas por días consecutivos. Le entregó un recado indicando que lo llevaría en su moto sin costo alguno a donde lo solicitaban y que la amistad que les unía le permitía acompañarlo. Lo transportó sin generar desconfianza hasta el punto indicado, lo entregó a “los muchachos de abajo”, a los de don Ramón, a sus colegas. La mujer se hizo la desentendida mientras la familia espera a su negrito, sin sospechar que hay traiciones que se “cobran” con el brutal fenómeno de la desaparición.



Yo

110

Dudaba sobre mi condición de víctima cuando el pobre comandante del ejército pedía prestado el computador de la empresa porque el suyo se había dañado cuando era un método de inteligencia. Obligada atendí la citación de las FARC en la vereda donde tuve que pasar la noche entre ellos, pero cercana a la tropa legal. Las flotas de pasajeros con sus rivalidades, inspiraron al ELN a intervenir. Los paramilitares citaban a los comerciantes a rendir cuentas y en la chiva llena de gente llegábamos a cumplir. Asesinaron a mi mejor amigo y el delirio de la guerra abrió espacio en mí.



Desaparecida

Llegué al cementerio con una corazonada. Los doctores vestidos de blanco y con guantes se presentaron diciendo que iban a proceder. Destaparon la tumba y sin abrir el cajón sentía que era ella dándome fuerza para que la tembladera no me fuera a tumbar. El golpe del martillo retumbaba en las tablas como en mi pecho, y reventé a llorar; me acordé del anillo y esperaba que la destaparan pronto para identificarla, pero eso parecía un trabajo de parto lento. Cuando mis ojos hinchados de llorar vieron a mi niña en meros huesos, mi cuerpo se sentía tan mal, como cuando aquel grupo armado la sacó de clase.

Ella era hermosa, catorce años tenía con la belleza natural de una mujercita campesina sin vanidad.

Tomé aromática, me la entregó una joven parecida a la mía —Parece que, en todas la veo a ella—; creo que me he tomado más de cinco mil aromáticas en estos veinte años, pues las veces que me enloquezco me dan medicamentos con alguna agüita, y me mandan sonámbula para la casa, como embotándome el dolor del alma.

Algo recuperada, seguía observando la brocha menudita con que limpiaban los huesos de mi hija; en la mesa de mantel negro armaban los restos con mucho recelo, bien bonitos los ponían como si fuesen joyas de valor. Yo empezaba a desesperarme con ansiedad; mi estómago se me revolcaba y mis manos querían sacudir al personal para que me mostraran el anillo, necesitaba que llegaran a la manito a ver si tenía el anillo de piedra que yo le había regalado el mismo año que se me la llevaron. Pregunté al doctor bajito y me regaló una mirada de afirmación, mientras la antropóloga me dijo que no me ilusionara, que debían llevar los restos a Bogotá y hacer la prueba de ADN para confirmar; respondí que mi presentimiento era la mejor prueba, porque una no llora una desaparecida ajena.

Me retiré del espacio creyendo que avanzarían más, mientras leía en muchas tumbas del cementerio: “PNI FARC”. Persona no Identificada era el significado, y me volví a la mesa donde tenían bien organizada la ropa de mi niña, la camiseta con huecos ocasionados por las balas, unos calzones de tiritas y otros grandes. Otra vez se me disparó la lloradera porque los orificios de la ropa me indicaban que sí era verdad que el ejército me la había asesinado. Recordé allí la blusita blanca del uniforme que aún conservo en el cajón viejo de la pieza donde está la cama en que ella dormía.

Doscientos seis huesos escuché que tiene una persona y era más esperanzador saber que mis aromáticas me han costado dos millones y medio de pesos, a vivir la espera de armar un cuerpo desaparecido y estar pendiente de otras pruebas, cuando el anillo me decía que sí era ella. No tenía la piedrita, pero tenía allí la verdad que yo buscaba, encontrar mi niña y llevármela para la finca a ver si mis locuras cesan.





La Corototeca es un archivo íntimo y doloroso de la memoria. A través de objetos cotidianos (un reloj detenido, una cama, unos aretes, una calculadora vieja) emergen las voces de quienes han sufrido la guerra en Colombia. Cada “coroto” guarda una historia de ausencia, desplazamiento, asesinato o desaparición, pero también de resistencia, esperanza y dignidad.

Este libro de Gloria Bohórquez es un testimonio colectivo que convierte lo material en símbolo, y lo doméstico en relato político. Son fragmentos de vida que, al ser narrados, recuperan humanidad frente al silencio y la impunidad. La Corototeca nos recuerda que la memoria no está solo en los archivos oficiales, sino en las manos, los cuerpos y los objetos que acompañaron el dolor y la esperanza de las comunidades.

Un recorrido conmovedor que interpela al lector y lo invita a sostener con respeto y cuidado estas voces, para que su eco ayude a cumplir el clamor de verdad, justicia, reparación y no repetición.